

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 0188-7408

Guillermo Núñez Noriega (1999),
Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual,
México, Miguel Ángel Porrúa,
El Colegio de Sonora, PUEG-UNAM, 312 pp.

Deconstruyendo identidades

Para mi sorpresa, la lectura de la obra de Guillermo Núñez me ha transportado al inicio de mi niñez. Durante la lectura del segundo capítulo —el campo sexual en Hermosillo—, por ejemplo, se impusieron en mi cerebro los recuerdos, aparentemente olvidados pero presente y frescos, de los juegos sexuales de la infancia. Recordé, entonces, que con mis pequeñas vecinas y hermanas jugábamos veranos enteros, ya fuera de noche o de día, al “cuarto oscuro”, juego en el que mientras nos escondíamos y después nos encontrábamos, cada una escogía dónde y con quién esconderse... muy precavidas y sin que supiéramos aún de la existencia del SIDA, nuestros besos en la boca mientras otra nos buscaba eran limitados por un *kleenex* blanco que siempre teníamos la precaución de traer en la bolsa de nuestros pantalones por si se ofrecía que jugáramos ese excitante juego que para nosotras era el “cuarto oscuro”. Supongo que el uso del *kleenex*, al besarnos, aminoraba nuestro temor a sentir más allá de los límites impuestos. Relajaba la culpa producida por la expresión erótica entre nosotras. Temor y culpa, provocados por tener interiorizado eso que el autor nos presenta en su libro como las representaciones hegemónicas en el campo sexual.

Esta, precisamente es una de las virtudes del libro: a todas y todos nos incumbe, nos involucra, y más aún a quienes hemos vivido nuestras primeras experiencias en esta ciudad. No es posible dejar de pensar en la propia identidad sexual y/o en el propio deseo,

cuando a lo largo del texto se alude a la construcción social de la trilogía de prestigio hombre-masculinidad-heterosexual, eje central que construye los valores hegemónicos de nuestra experiencia emocional y sexual (seamos del sexo femenino o masculino). No es posible tampoco dejar de recordar episodios de nuestra vida cotidiana durante la primera juventud, en la que escuchábamos a los adultos, especialmente a los maestros, referirse con desprecio a cualquier comportamiento que no representara lo establecido como norma. Al seguir el fascinante análisis que el autor presenta, a partir de una revisión de artículos y editoriales de *El Imparcial*, descubrimos las formas como se va tejiendo la moral sexual (incluida la de nuestra propia existencia sexual), que se refiere a lo que él denomina “las características de las representaciones hegemónicas del campo sexual en Hermosillo”. Es entonces que viene a mi memoria, nítido como si hubiera sido ayer, la frase que un día escuché comentar a un profesor de la preparatoria en la que yo estudié (y que en aquel entonces pertenecía a la universidad): “yo preferiría una hija puta que lesbiana”. Todas las que escuchamos aquella enunciación, nos miramos unas a otras, sorprendidas y en silencio. Pero hasta ahora entiendo el contenido homofóbico de la frase.

La homofobia, dice el autor “no es el odio a la homosexualidad y los homosexuales, la homofobia es el temor, la ansiedad, el miedo al homoerotismo, al deseo y el placer erótico con personas del mismo sexo. [...] La homofobia es una práctica institucionalizada que consiste en violentar la vida de los demás, en violentar nuestras capacidades y potencialidades humanas. Tenemos miedo a nuestros semejantes, esa es la raíz más profunda y más personal de la homofobia” (p.121.). Crecimos, pues, en una sociedad que no sólo privilegia la heterosexualidad, sino que la considera la única expresión sana y válida de la sexualidad y el erotismo sobre la base del desprecio a la diferencia. La homofobia, continúa más adelante el autor, “es una actualización del rol de género considerado normal [...] que siente amenazadas sus fronteras identitarias. La situación se siente como amenaza precisamente porque se tiene miedo a los efectos sociales de poder que trae consigo asumir otra posición subjetiva (deseante, placentera, flexible, abierta y capaz de intimidad) en el campo sexual. Esto es, las representaciones hegemónicas sobre la existencia

sexual [...] operan como una maquinaria que organiza y reproduce relaciones de poder. [...] La homofobia, como violencia ejercida en contra de las mujeres, no es, pues, el producto exclusivo de ciertos personajes desviados, enfermos, sino de una organización social que crea permanentes condiciones de violencia a través de las formas en que organiza las subjetividades sexuales, las relaciones entre los sexos, la gestión del amor propio y la valía social” (p.123). Aquí emerge uno de los conceptos centrales del texto: el poder. Las relaciones humanas, y particularmente las del campo de la sexualidad, están atravesadas por relaciones de poder que controlan nuestros cuerpos y nuestras vidas, sometiéndolas al miedo por ser diferentes, por no ser heterosexuales. Estas relaciones de poder inhiben la expresión libre de nuestras preferencias sexuales, sean estas homosexuales o bisexuales. El poder hegemónico de la heterosexualidad como concepto de valía orienta y privilegia un ejercicio de la sexualidad hacia la reproducción, que además de provocar embarazos no deseados, genera culpas por cualquier ejercicio sexual orientado hacia el placer y el crecimiento erótico.

A lo largo del texto, el autor va desarrollando conceptos de gran riqueza para los estudiosos de la sexualidad en general y la cultura sexual en Sonora, como: campo sexual, representaciones hegemónicas, existencia sexual, poder y resistencia, homosexualidad y heterosexualidad. Así, el texto va siendo una obra sobre las representaciones sexuales, la construcción de las identidades homosexuales y heterosexuales, y la conformación de la homofobia en Hermosillo. Desde una perspectiva fenomenológica y profundamente coherente con el pensamiento feminista (si recordamos la expresión que se derivó del planteamiento de “lo personal es político”), el texto que estamos comentando no sólo es un estudio sobre la homosexualidad, también es un planteamiento teórico sobre la conformación de los valores y expectativas sexuales que se imponen sobre nosotros(as), y cómo éstas coexisten con comportamientos y valores sexuales alternos; es además un planteamiento y una reflexión política sobre la diversidad cultural y sexual.

Tres cosas, además, fascinan del texto: el rigor, la sencillez y la creatividad en la definición y presentación de los conceptos; la coherencia y el entramado entre la teoría y la descripción y análisis del

dato empírico; y por último el compromiso con el tema y los personajes, lo que se descubre en su escritura. Estas cualidades hacen de la obra de Guillermo Núñez un texto de una extraordinaria frescura y fluidez, cuya lectura —como la de las mejores novelas— no puede dejarse para después: la ansiedad provocada por la necesidad de saber cuál va a ser el desenlace no lo permite. De manera inteligente, nos promete en cada capítulo, y lo cumple, un acercamiento a la realidad regional sobre el tema enunciado. Llegado el momento, se inicia la aventura y el descubrimiento de las soledades, las tristezas y las emociones diversas que provocan los testimonios de las personas entrevistadas que participaron en el estudio:

Me gustó. Prácticamente no hicimos nada; bueno nos abrazamos y nos besamos. Después del sexo venía la bronca porque se venía el conflicto, la angustia, unas ganas de desaparecer. Al tiempo volví a hacerlo y ahora si más en forma. La cosa se puso más fea. Después de tener algo, en la calle todo era tortura. Un asco por ti mismo, un sentirte caca, nada. Te entran ganas de que se abra la tierra y te trague; no estoy exagerando, así es. Ni en el espejo te puedes mirar, te escupes y te insultas. ¿Y sabes qué es lo más feo?: Te sientes más solo. Y lo vuelves a hacer y más solo... (pp.143-144).

Pero no todo en esta diferencia es soledad y tragos amargos. Existe la conciencia y el autoconocimiento de las cualidades de la diferencia:

Uno se vuelve ágil, rápido... (p.152-153).

Desde el recuerdo de la infancia, los sueños y fantasías de la adolescencia que el texto me impuso, hasta las carcajadas que me arrancó por algunos testimonios en la descripción del ambiente gay, la lectura de este libro, único en la región, es un verdadero viaje por el campo y la existencia sexual propia. En verdad conviene leerlo, porque permite reconocer y recrear deseos ocultos. Estoy segura de que en la intimidad de su espacio el lector será llevado a un recorrido por su sexualidad, creciendo sus deseos, fantasías y sentimientos que le

abrirán el camino hacia la reflexión. Así podrá plantearse la posibilidad del trabajo y la lucha personal y colectiva para deconstruir, desde nuestro ser, la heterosexualidad excluyente y limitante y arribar a una integración en nosotros(as) de los dos polos opuestos del continuo sexual homosexualidad-heterosexualidad, para así concebirnos como lo que somos: seres bisexuales. El día que lo logremos, que espero poder vivirlo, seguramente también habremos avanzado en la consolidación de valores centrales para vivir plenamente la democracia: el respeto a la diversidad, la equidad y la solidaridad.

Gilda Salazar Antúnez*

* Investigadora asociada del Departamento de Desarrollo Humano y Bienestar Social, Dirección de Desarrollo Regional del Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A. C. (CIAD, A. C.). Se le puede enviar correspondencia a Carretera a La Victoria km. 6, tels: 01(62) 80-00-52 y 80-02-93, fax: 80-00-55. Correo electrónico: gisal@cascabel.ciad.mx